



Sobrados elementos hay para afirmar que se trata de verdadera poesía y que la autora es genuinamente poeta. Así como que existen aguas envenenadas, debemos saber que no todo lo que brota de la pluma es bueno.

El poema *Marzo* produce la sensación de haber tenido una desgraciada digresión entre su inicio ("¿De dónde el rumor casi confidencial/ de algo que nace o de algo que muere?") y su final ("Es la noche de marzo sobre la piedra blanca/ de la luna insurgente") (pág. 5). Y así ocurre con el libro en general, en donde "interrogantes" imágenes de calidad con vocación hermética se aparejan a otras en las que el tono decae y la imagen pierde la eficacia. Cito: "Como rescatar la nave/ si era de niebla?/ como encender la palabra/ si hace tiempo/ se oscureció el camino?/ como escuchar el viento/ si el túnel encegueció/ la noche?/ como interrogar [sic] el silencio/ si el ruido del naufragio/ alcanzó las estrellas?".

El libro está repleto de nostalgia, cruzan por él una noche persistente que a veces la luz rompe para inaugurar ciertos trazos bucólicos, pájaros y otros elementos que confirman ese romanticismo lleno de añoranzas que siega lo que pudo ser mejor. Al comienzo del poema, desde el fondo la escritora misma se cuestiona: "mirar desde el fondo/ de una gran distancia/ cuanto pudo ser el poema..." (pág. 109).

RAFAEL PATIÑO GÓEZ

Plano y carente de vuelo

País escaso de mi cuerpo

Judith Nieto

Editorial Lealon, Medellín, 1990, 42 págs.

El poemario de Judith Nieto marca una primera incursión en la riesgosa aventura de publicar poesía.

Con portada de diseño agradable, por la conjunción de tonos, pero ilustrada muy pobremente, el libro, sin índice y compuesto por treinta y dos poemas de corta factura, goza de unidad, unidad que nace de su carácter "erótico" (entre comillas, en razón de lo aleatorio que el uso del término aquí tiene, puesto que los poemas están compuestos por imágenes demasiado evidentes cuya eficacia es dudosa y en las que el erotismo que conocemos en la buena poesía brilla por su total ausencia).

Nos hallamos ante un discurso amoroso, atormentado, plano y carente de vuelo; al escribir, la autora se deja ganar por una emoción primaria, por una espontaneidad que, dominándola, se traduce en una producción que no aporta nada nuevo y que no soporta el rigor de una lectura detenida, crítica.

Existen verdaderas torpezas dentro de algunas composiciones: El imposible retorcimiento corporal cuando dice "Déjame/ asilarme en el espacio/ que hay entre tus piernas/ y la punta saliente/ de mi tobillo izquierdo" (pág. 5), o esta joya que supondría la existencia de minotauros calzados: "Un minotauro/ descalzado y azul [!] Me vigila..." (pág. 6). La autora deja entrever cierto humor negro (como en el poema del gato pardo, pág. 8), humor que si dejara fluir la salvaría un poco: "...y cuando maúlla de hambre/ le permito que chupe/ de mi llaga que todavía/ gotea".

Se siente la impresión de que, so pretexto de escribir con toques de hermetismo, se cae en la imagen simplemente abstrusa: "...mi pálida/

desnudez/ que tiene el color del ruido de puntillas" (pág. 9). Parece que hubiera un hábito de irreflexión, una incapacidad de volver con ojos críticos al poema para embellecer, pulir, mejorar su construcción, cayendo por eso en una expresión muy pobre: "un pedazo (!)/ de mi mojado celo escapó de la húmeda/ palabra que entre/ mis piernas guardé" (pág. 12). Dentro de un mundo poéticamente rico, el discurso genera otros discursos. Sus giros, sus sinuosidades, su vértigo, encierran otro mundo en él, generan uno paralelo o lo hacen tan gaseoso que hablaríamos hasta de sublimación. En este caso no se trata de nada de eso, y podemos afirmar que el poemario no genera ningún aporte al mundo de la poesía erótica o amorosa.

A través de los textos, la autora deja entrever la falta de formación (en lo que atañe a la lírica moderna), y el desarrollo que la poesía ha alcanzado no perdona tal carencia.

País escaso... es un libro nacido de las atormentadas obsesiones nocturnas del cuerpo deseante (de la que escribe) alumbrado por la luz avara de la soledad, esa misma que siembra negruras a causa de la ausencia del ser amado.

RAFAEL PATIÑO GÓEZ

Pre-texto para (no) presentar libros de poesía

Con la venia de los heliotropos de Eugenia Sánchez Nieto (*Yuyin*). El mar y las palabras de Jorge Marell. Viento plateado de Walter Azula. Tiempo y piel de Víctor Paz y Detrás del tiempo de Reinaldo Salguero.

Presentar el nuevo libro de un poeta es, para mí, más que una responsabilidad, una irresponsabilidad. Y si en lugar de uno son cinco, entonces no

me alcanzará lo que me queda de vida para pagar la cadena perpetua de mi quintuple culpa.

Porque presentar un libro en pocas palabras, con las limitaciones propias y ajenas, es —entre otras cosas— suplantar abusivamente al autor, adelantándose a la alegría que éste quiere participar con la revelación de su primicia. Si, como en la manida frase, el traductor traiciona al traducido, el presentador, que es también un intérprete, por más que sea en el propio idioma, altera y distorsiona, compendia y mutila, aunque lo haga de la mejor y descontada buena fe. Porque prejuzga y predispone o —lo que es peor— manosea amistosamente —cuando media esta relación— al autor que, entregada su confianza, ocupa el banquillo y no viene preparado para defenderse de un fiscal, menos de un impreparado abogado de oficio. El amigo favorece muchas veces con una interpretación generosa (y hay “elogios que matan”) pero injusta, no por lo que estima sino por lo que escatima. Pero es más temeraria aún la actitud del crítico, que salta a la palestra armado de todas sus armas para defender sus propias convicciones y después, a la luz bien acondicionada de ellas, donarle o perdonarle la vida al oficiante. Eliot dice que cuando el crítico es además poeta, siempre se sospecha si la finalidad de sus afirmaciones no será otra que la justificación de su propia práctica poética.

En su libro *Leer poesía* dice el mexicano Gabriel Zaid que “lo que unos lectores nos digamos unos a otros puede ser muy útil, inclusive determinante. Pero lo mejor de la conversación no es pasar tal juicio o tal receta: es compartir la animación del viaje”. Inclusive en un recital llegó a hacer esta propuesta: “¿Por qué, en lugar de presentar el poeta a sus oyentes, no se hace lo contrario? Eso —dice Zaid— debería dar al menos un poco más de verdad entre unas cuantas personas. Estaríamos más cerca del proceso por el cual, inevitablemente, la poesía la hacemos todos, con nuestra capacidad (o incapacidad) de leer (o de escuchar)”.

No voy, pues, a presentarlos, sino a saludarlos.

Y a ustedes, amigos, no les voy a contar —como debería hacerlo el periodista que siempre y nada más he sido— dónde vio la luz (pues nunca la ha visto) Walter Azula, cuando conocí a Yuyín, cómo se llama Jorge Marel, por qué dobla en inglés su libro Paz Otero o cuáles son los poetas predilectos de Reinaldo Salguero. Ni siquiera diré el nombre de sus libros, ya que cada uno se identificará y, para confirmar la eterna verdad de cada día y de esta noche, por sus obras los conoceréis. Pero, con “la venia de los heliotropos”, convoco en esta casa oficial de los poetas muertos a los que van a morir, para que, antes que ello suceda, nos encontremos con la vida de manos a boca y nos identifiquemos todos, en soledad acompañada, en este grato lugar común de la poesía...

No vamos a juzgarlos, sino a disfrutarlos. Compartamos con ellos, como aconseja Zaid, “la animación del viaje”.

Traspasemos con Eugenia Sánchez esa línea indecisa de sombras y de asombros, esa noche sin alba, ya advertidos por ella de que “en el sueño cualquier cosa puede suceder”. Con los amantes de la noche, busquemos el lado oculto de la vida, donde la transgresión confiesa su inocencia, miremos el otro lado del espejo aunque tengamos que decir con ella: “¡Qué duro despertar entre los muertos!”.

Abramos el urgente telegrama en que Jorge Marel nos cuenta que se debate sin red ni salvavidas en un mar de tormentas y tormentos. Recorramos en su búsqueda el negro litoral de sus desamparadas confesiones. Es que en las aguas de su poesía no flotan peces sino naufragos.

Con Walter Azula abramos las ventanas de su noche hacia dentro, la fiesta del color de todos los sentidos. Es difícil pensar que el poeta es ciego cuando hace alarde de que lo ve todo, de que ve más que todos: “¿Por qué tus párpados se cierran cuando quiero mirar tu alma?”. Sólo él sigue, absorto, el vuelo de “un planeta que dormido arrastra en su viaje el amanecer de un nuevo día”.

A flor de piel amante llega Víctor Paz con su lluvia de soles calcinados.

El amor es tan sólo la piel que se renueva, y el tiempo es el instante de sueño detenido que rueda hacia la nada. En busca de lo esquivo y de lo efímero, sabe que el tiempo es piel que se eterniza.

Y Reinaldo Salguero sublimiza los actos de la vida, sencillamente, con “el dolor de querer y de estar vivo”. En el altar de sus poetas y de sus íntimos afectos, “toca en su inspiración un arpa herida”. Levanta el edificio de sus sueños y hace un voto de amor, fe y esperanza en nosotros y el futuro. Por eso, para terminar, nada mejor que estas palabras suyas: “no vamos a cerrar la puerta cuando la luz está empezando a entrar...”.

Queda instalada así esta pequeña asamblea constituyente de la poesía, legitimizada por Shelley cuando dijo, en un momento de exaltación: “Los poetas son los ignorados legisladores del mundo”.

ROGELIO ECHAVARRÍA



Tres vueltas de tuerca más

Si la muerte me la dieras tú

Jesús Alberto Sepúlveda Grimaldo

Unión Nacional de Escritores (Une), Tolima, Fundacultol, Pijao Editores, Ibagué, 1990, 100 págs.

Este volumen, *Si la muerte me la dieras tú*, con sus escasas cien páginas